UN BOFETON DE LOPE DE VEGA

(COMEDIA DE AMOR Y CELOS)

ENTRE BASTIDORES *(La voz de la Historia).*

... No, no es éste el primer devaneo erótico de Lope; el que le arrancó de sus dudosísimos estudios en la Universidad de Alcalá. Pero es algo más: es su primer amor, su primera pasión amorosa, con todas las consecuencias que pueda tener en su temperamento arrebatado, caprichoso, superficial, de enorme amplitud y escasa hondura...

Aún es el Lope galán y casi barbilindo, pero que ya presiente, ante la popularidad que va alcanzando, vertiginosamente, una fama que le alzará, sobre el pavés literario, como *Fénix de los ingenios españoles.* Y este presagio de misteriosa determinación, pero de corazonada inconfundible, le anima indomable a lucir su guapeza, a ser soberbio, petulante, marchoso, en su trato con las mujeres, que ocupan, casi por entero, su vivir—un poco a salto de mata, desasido del artesano taller de bordado paterno, con tufos de caballero y aun pretensiones de hidalgo—, salvo el tiempo que su fácil fecundidad dedica a la Poesía, de que habitualmente se sirve—exceptuando el *modus vivendi* de su teatro—como de una alcahueta, cuando es profana o como de un confesonario de arrepentimiento, cuando es religiosa...

¡Bien le va a Lope este primer amor que le apasiona!

Elena Osorio, la comedianta, que será *Filis* o *Dorotea,* como él *Fabio* o *Fernando*—sin contar el peculiar *Belardo*—, entre varios nombres poéticos, que Lope aplica a su amante y a sí mismo, en sus versos de amor "conceptos esparcidos", es pintiparada para el poeta, si hemos de creer el retrato que de ella nos traza: bella, arrogante, morena de rostro, aunque de claros ojos—claros ojos, luminosos, pero con pestañas negras—y dorados cabellos, ingeniosa en todo y más aún en tañer y cantar, pero también, según demuestran datos fehacientes, alegre y desenvuelta, muy amiga de dejarse adorar y desear sabiendo tirar y aflojar, hábilmente, de la frágil cuerda de los galanteos y la coquetería... Y esto a pesar de estar casada con un oscuro farsante de la farándula—Cristóbal Calderón llamábase el cuitado—, que tuvo el buen acuerdo de poner tierra entre él y su mujer, partiéndose tan lejos cuanto pudiera ignorar todo...

Los amores entre Lope y Elena, en un "amar como se ha de amar", distan mucho de ser apacibles, y menos aún de ser recatados.

Las gentes se enteran muy bien de todo, si es que no lo ven, y saben realzarlo con la maledicencia para murmurarlo en la vecindad, que lo es todo Madrid entonces; en paseos, mentideros, corrales de comedias, tertulias caseras. Allí salen a relucir los dos enamorados entre hazañas de Flandes o de Italia, riquezas y flotas de Indias y relatos de fiestas o de autos de fe.

Que les vengan a las gentes con versos y nombres poéticos de los tales. Harto saben todos de quiénes se trata, y subrayan, con admiración, burla o envidia los movidos episodios de esta pasión, que viene a ser "fábula de la corte". Saben que un diestro pintor, amigote de Lope, Felipe de Liaño, ha retratado a los dos amantes—el poeta tuvo celos de él mientras pintaba a *Filis*—en sendos naipes que, luego de haberlos trocado, muestran, sin reparo, a todas las miradas; saben que la madre de Elena no lleva a bien estos amores de su hija con un galán poeta y engreído que no tiene sobre qué caerse muerto, si no es el montón asombroso de romances, sonetos y cartas que ha dedicado a su *Filis;* saben que Inés Osorio trata de que Elena dé oídos a los requiebros y deseos del generoso don Francisco Perrenot de Granvela, sobrino del prepotente cardenal, a quien honra con su confianza el rey nuestro señor Felipe II; saben que aquella maternal celestina, fuera de quicio por la obcecación de Elena con Lope, fatal para sus planes, la ha golpeado brutalmente, arrancándole un mechón de sus rubios cabellos; saben que éstos son los mismos que extrañamente, a modo de prendedor, lleva Lope en su sombrero de modo ostentoso, como un precursor de la chulería madrileña; saben que, al fin, Elena Osorio, cediendo a los interesados deseos de su madre, cumple los de Perrenot de Granvela—que quedará bautizado, literariamente, por su rival con el sobrenombre de *Don Bela*—, y que Lope, presa de celos violentos y de ansias invencibles, se resigna a formar parte de aquel trípode en que se ofrendan gustosos sacrificios a Eros; saben, con desdén hispánico, que el poeta, convertido en *amant de coeur*—el idioma español no sufre la expresión—de la hermosa Elena, más cómica que nunca, se pasa las horas muertas embarrando sus botas en la calle de Lavapiés, donde vive su amante, o acurrucado, bajo la reja de ella, como un "pobre de casa", hasta en un día de gran nevada; mendigando así tenerla en sus brazos o hablarla cuando no es posible más; saben de las rondas de músicos y de las pendencias y escándalos que suelen seguirlas, delante de las ventanas de la alegre malcasada, en que Lope interviene, casi siempre, mostrando su majeza y su brío de conquistador amoroso, que, por la vanidad de su alocada juventud, no se detiene antes de llegar a la bellaquería si al cometerla le parece que deja bien plantadas su soberbia y su pujanza viril...

Y saben, por último—¡y con qué ojos estupefactos y comentarios de asombro!—que el galán Lope, sin miramiento a nada, incluso a su popularidad creciente de poeta, loco de celos porque su adorada Elena ha mostrado excesivo entusiasmo en los toros por la valentía de un joven rejoneador, la ha abofeteado, bajo el signo brutal del refrán español de que "quien bien te quiera te hará llorar"...

Loa *(Para sosegar a los mosqueteros).*

Pero hay algo que nos domina en toda esta dislocada pasión, que aún ha de alcanzar su cúspide con unos libelos de odio inconcebibles; con un escándalo público en que interviene la justicia, un proceso y un destierro que sufre Lope, quien había pasado, en poco tiempo, conforme a como se definió una vez, de un extremo a otro de su alma, que nunca supo de medio jamás: sino "amar o aborrecer".

Hay algo, digo, en estos dramáticos amores de Lope, como en otros suyos, que los salva de una irremediable vulgaridad, propia de ellos: su interpretación, por el poeta, de la peripecia erótica; su "razón de amor", que es la poesía que los embellece, aun en los momentos más prosaicos o menos dignos, dejándonos la permanencia humana de su creación literaria, que nos lleva el perdón a los labios y la admiración al alma...

Acto I *(En Madrid, hacia 1587).*

La escena íntima, de jugueteo galante y de ardiente pasión, de subyugante equilibrio de amor y de arrepentimiento, sería inmediata a la increíble ofensa de la mano de Lope—la mano autora de tanta grandeza dramática—, hiriendo el lindo rostro de *Filis,* cuando ya la ira y la vergüenza habían dado paso a la reconciliación, entre lágrimas y besos...

Menos mal que Lope, el incorregible biógrafo de sí mismo, sin el menor melindre, nos la ha dejado trazada en un soneto que la provocaría sin remedio; un soneto realmente único, que no sé si poner en los cuernos de la luna por su belleza lírica o por la sorpresa que produce su cinismo donjuanesco, que autorizó jamás el arte. Helo a continuación, con su perfecta arquitectura petrarquesca y su mueca de pícaro rufián:

Para que no compréis artificiales
rosas, señora *Filis,* Fabio os puso
las naturales, si el calor infuso
las puede conservar por naturales.
Ya que no os da regalos, da señales
de lo que os ha de dar: galán al uso;
puesto que en la venganza estoy confuso,
viendo perlas, en vos, sobre corales.
Herir al sol en medio de su esfera,
cruel temeridad; matad a *Fabio,*
¡mas, ay, que vuestros brazos *Fabio* espera!
Y si amistades son el desagravio,
tantos celos me dáis, que más quisiera
vengar las amistades que el agravio.

Acto II *(En Toledo, en 1604).*

Ha pasado el tiempo suficiente, desde el acto anterior, para dar una perspectiva de contención fría, en el recuerdo, de lo sucedido, mas no para borrar la actitud que tomaría de nuevo Lope si volviera a sentir el fulminante y azul relámpago de los celos.

Está el poeta ahora en Toledo, escribiendo afanoso su comedia *La prueba de los amigos.*

No sabemos si en su hogar legítimo, en el callejón de San Justo,

tranquilo, junto a la virtuosa vulgaridad de su segunda esposa, doña Juana de Guardo, lo cual parece más probable, o en la vecina casa de la parroquia de San Lorenzo, donde ha instalado, con frescura sin igual, la inquietante belleza de la cómica Micaela de Luján, o *Camila Lucinda,* que entonces le tiene sorbido el seso, lugar menos reposante para realizar su labor de poeta dramático.

El caso es que fuera donde fuere, al componer Lope una escena, muy suya, de amor y celos, entre dos personajes de la comedia, Feliciano y Leonarda, que presencia otro, Ricardo, sigue teniendo para el *Fénix* valor de recurso escénico el zafio castigo que infligió a *Filis* con tanto éxito, y lo vuelve a alcanzar en la obra, donde se indica con la mayor naturalidad en una advertencia para la representación de esta magnífica escena, llena de calor humano:

LEONARDA. ...¿Dónde estarás que no tengas
al lado un competidor,
cuando a tratar de tu honor
entre tus amigos vengas?
Vuelve y mira, que Ricardo,
aun de los que están aquí,
se está burlando de ti.

FELICIANO. ¿Esto te sufro? ¿Esto aguardo?
¡Vete infame donde calles!
(Déla un bofetón.)

RICARDO. ¡Quedo!, no tienes razón.

LEONARDA. ¿En mi rostro un bofetón,
y en las más públicas calles?
¿Esto sufre la justicia?
¿Esto el cielo...?

FELICIANO. Aquesta daga
haré yo que lugar haga
a tu alma y tu malicia.

RICARDO. ¡Tente!, acaba, que estás loco.
.....

LEONARDA. ¿Qué mayor ventura y suerte
que ver que me da la muerte
el que la vida me da?
.....
¿Cómo podré yo negar
que de Feliciano soy,
pues ya de su mano estoy
herrada en tan buen lugar?
Señores, no le culpéis,
que yo he dado la ocasión;
a todos pido perdón;
suplicoos me perdonéis.

ENTREMÉS *(En Madrid, un poco antes de 1624).*

Casa de Lope en la calle de Francos. El poeta está en su museo o cuarto de trabajo, llevando a cabo el de escribir una novela, porque, según él, así lo quiere un nuevo amor suyo, el que será el último, *Marcia Leonarda,* aunque tengamos la sospecha de que novela en tal ocasión para superar inútilmente el recuerdo de las *Novelas Ejemplares,* "en

que no faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes", conforme al aparente sentir del que ya es *Fénix de España.*

La novela que está escribiendo se titula *La prudente venganza,* y él quiere serlo más al redactarla, porque la va a leer ese último y apasionado amor suyo, *Marcia Leonarda*—y más conocida en los versos del poeta por *Amarilis* que por este nombre o el suyo verdadero de Marta de Nevares—, que, además de bellísima, es inteligente, y así ha de escribir "con mucho tiento", como hace en tales casos.

Por eso mientras escribe de amor, cuando cruza por su mente aquel inolvidable bofetón que, en otro tiempo de juventud y majeza, dió a la *Filis* de sus pecados, ni puede por menos de sonreírse ni se resiste a evocarlo, si bien evade toda alusión personal. Y así, en medio del relato, no poco barroco, de los amores de los personajes de la novela, Octavio y Dorotea, escribe estas líneas, de referencia inconfundible para quien conozca lo sucedido anteriormente:

> Olvidada finalmente Dorotea, que así se llamaba esta dama, de las obligaciones que tenía a Octavio, puso los ojos en un perulero rico, así se llaman, hombre de mediana edad, y no de mala persona, aseo y entendimiento. A pocos lances conoció Octavio la mudanza, y siguiéndola un día, la vió entrar disfrazada en la casa del indiano referido, donde esperó desatinado a que tomase puerto en la calle de aquella embarcación tan atrevida, y asiéndola del brazo, la dió, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones. A sus voces y de la criada, que llegando a defenderla, partieron la ganancia, salió Fineo, que éste fué su nombre o lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si se quedara en ella, pero con más provecho suyo.

Acto III *(En Madrid, en 1632).*

La escena es la misma de antes, salvo las diferencias que haya podido provocar el paso de los años, más visibles que en nada en el poeta, en el *Fénix,* que revisa, indiferente, antes de entregarlo a la imprenta, el original de *La Dorotea,* su obra maestra, en la que ha logrado ensamblar los dos momentos más arduos y opulentos de su vivir: su juventud y su vejez, convertidas en pura creación literaria.

Amarilis, Marta de Nevares, a quien Lope dedicara, otrora, sus frutos novelescos, ha muerto. Dios se la ha llevado después de que recobrara la razón, pero no la luz de sus hermosos ojos verdes, poniendo así término piadoso a su desgraciada vida y avivando el arrepentimiento de Lope, que ya va recto, y solitario pronto, purificado por el dolor, al final de la ruta de su salvación eterna.

Es a finales de otoño y hace frío en el estudio del poeta, pero menos que en su alma. Al pasar la mirada por las páginas del manuscrito, en parte de su juventud, concluído en su vejez, que viene a ser el testamento profano suyo, en que genialmente ha transformado su vivir perecedero en literatura perviviente, sus ojos tropiezan con una carta de Dorotea a Fernando, ambos—Elena Osorio y Lope—protagonistas de la "acción en prosa", donde se lee:

> Si yo alabé a Alejandro de airoso y gentil hombre, no fué en comparación de tu persona, sino en descuido de mi ignorancia. Pusísteme la mano en el rostro. El agravio consiste en ser por celos, que por amor no importara. Pero dirás tú que de él nacieron ellos, y estarános bien el creerlo, a mí y al rostro.

Si querías herrarme para que supiesen que era esclava tuya, ¿de dónde has imaginado que yo reparo en que todos lo sepan? Pero puedo asegurarte que cuando del golpe del rostro sonó el eco en el alma, dijo ella humilde: "Sufre, Dorotea, que el mismo que te ha ofendido te ha vengado; pues mayor que tu dolor será su sentimiento." Pero entre estas amorosas humildades, advierte que en las mujeres de bien no es burla para tomar ejemplo; que si con esto habemos los dos sabido a lo que llega la llaneza del trato, no hay que aguardar a segunda experiencia. Porque aunque dicen que la mujer es animal que gusta del castigo, no todas son tan seguras que no derriben al dueño y se le vayan donde no las alcance. Lo que ahora te pido es que vengas a ver el rostro que ofendiste, para saber cuál está más encendido, o el tuyo con la vergüenza de lo que hiciste, o el mío con las señales que me dejaste.

Y más adelante otra alusión a ello, en que se rememoran ciertos detalles, acaso desde más lejana distancia, autorizando el punible acto, con la solera de un clásico libro de amor:

DOROTEA. ...¿Qué dudas de darme la mano? Dámela y te perdonaré un bofetón que un día me diste con ella porque alabé un caballero mozo, tan bizarro en la plaza como valiente con los toros, que no fué el de Teágenes y Clariquea sin conocerla: agravio que tú lloraste mucho tiempo, y que la misma noche me dabas tu daga para que yo me vengase de la agresora de tan injusto delito.

VOZ DEL APUNTADOR DE HOY *(En Madrid, en 1962).*

A través de todos los textos de Lope que he ido copiando, va adquiriendo, al final, relieve y detalles completos un suceso increíble y revelador de su intensa y agitada vida, que alcanza a ir convirtiéndose en literatura —la gran transformación lopiana—, en más increíble y reveladora interpretación aún, como un símbolo de su vivir y de su crear. El bofetón de Lope, brutalmente dado a una de sus amantes, en la realidad de la vida se imprime, bellamente, en la imaginativa creación literaria, como tantos aspectos humanos del vivir y crear del *Fénix*.